

niento por parte de los *Presbíteros* suplicantes de tu Arzobispado, que no se separaron del torpe cisma, sino cuando ya no les era dado perseverar, ni aun bajo el punto de vista de la autoridad civil. Por tanto, esta Sagrada Congregación del Concilio, por ahora, solo juzga dignos de ser absueltos de la excomunión á los *Presbíteros* Fernandez, Guerra y Milanés, quienes, al parecer, son menos delincuentes que los demás oradores; y, en su consecuencia, tendrás oportunas y necesarias facultades para absolver, previos los ejercicios espirituales, que, al menos por quince días, habrán de hacer en alguna casa piadosa, y previa una solemne reprobación y retractación de cualquiera clase de participación que en el cisma hubiesen tenido, y, al mismo tiempo, una profesión de obediencia y adhesión apostólica; cuya manifestación deberá hacerse por la prensa pública. Para que los mismos *Presbíteros* puedan saber lo que se haya de resolver sobre las demás peticiones suyas, recurrirán de nuevo por ti recomendadas.

En cuanto á los demás oradores, que delinquieron más gravemente, y especialmente, por lo que toca al *Presbítero* Miura (Dean del Cabildo), que tuvo la principal parte en promover y favorecer el cisma, los eminentísimos Padres han resuelto, que se esperase por dichos señores, á que den ulteriores señales de penitencia y arrepentimiento, y que

se atengan á cualquier disposición tuya, ó del *Vicario* capitular, á fin de que puedan abrigar la esperanza de alcanzar de esta Sede Apostólica la absolución de la excomunión. Cada uno, nominalmente, procure entregarse á ejercicios espirituales, y hacer la mencionada retractación pública de todas las cosas que hicieron mal en el cisma, cuya retractación deberá ser aprobada por ti antes. Mas, si algunos invadieron beneficios y oficios ajenos, hagan dimisión de los mismos, y, según sus propias fuerzas, restituyan los frutos á los legítimos poseedores, y les resarzan los daños que les causaron.

El *Presbítero* Garcia, abdique además, cualquier pretendido derecho, en cuanto á la media ración en la Iglesia metropolitana, para la que consiguió el nombramiento del Gobierno.

Procuren, pues, los *Presbíteros* suplicantes merecer la indulgencia de la Sede Apostólica, dando ejemplo de sujeción y obediencia á la legítima autoridad, recobrando un buen nombre entre los fieles de Cristo.

Mientras tanto, yo singularmente, con todo mi ánimo, quedo pidiendo á Dios para ti todo género de prosperidades y salud.

Dado en Roma, á 24 de Julio 1874.—Soy tuyo muy adicto, P. Cardenal Catarini, prefecto.—Pedro, Arzobispo Sardiño, secretario.—Al Ordinario de Santiago de Cuba.

LOS CATÓLICOS LIBERALES.

La *Nazione*, periódico liberal moderado, de la mañana, dedica su boletín bibliográfico á la *Rivista Universale*, y resume el programa de esta colección en los términos siguientes:

«Los principios sostenidos por la *Rivista Universale*, son los que profesa la inmensa mayoría de los italianos. Dos corrientes opuestas luchan hoy en Europa, especialmente en Italia. Algunos, quisieran romper de una vez, con lo pasado, y con todas nuestras tradiciones científicas y religiosas, y alcanzar, por la exclusión de todo lo antiguo, la libertad del día. Otros, por el contrario, no quieren que ni siquiera se hable de las conquistas modernas, de la libertad y de nuestras constituciones libres; desean, que todas las manifestaciones del pensamiento se conformen con la autoridad y con el puro dogmatismo. Entre estas dos corrientes opuestas y falsas, que en nada corresponden á la vida real del genero humano, y en especial á la sociedad italiana moderna, se interpone la *Rivista Universale*, la cual, sin abandonar los solemnes principios del Cristianismo, ni las puras tradiciones católicas, sostiene con firmeza los principios de toda libertad honesta y razonable: discute los más graves problemas científicos, sociales y religiosos; combate las negaciones disolventes; y coopera á todo progreso verdaderamente moral y civil. Así que, no es enteramente superfluo repetir aquí, que los verdaderos católicos liberales no pueden, ni deben confundirse con los clericales; entre unos y otros media un abismo. He aquí, en pocas palabras, el objeto y la importancia real para nuestros tiempos, sobre todo, en Italia, de la *Rivista*, á la cual deseamos una vida larga y próspera.»

La *Rivista Universale*, á pesar de sus ocho años de existencia, es mas conocida, á nuestro juicio, por sus desventuras, que por ningún otro título. Muchos de sus escritos, impresos y reunidos en tomos, han venido á aumentar el número de los libros inscritos en el *Índice*; primera desventura; acaba de intentar un proceso á la *Civiltà Cattolica*, segunda desventura; la última desventura, por fin, es la de ser recomendada por la *Nazione*, órgano de la Revolución, llamada moderada, que no se olvida de advertirnos, que entre clericales y católicos liberales media un abismo.

Prescindiendo de todas las razones de conveniencia, en cuya virtud no debieran los redactores de la *Nazione*, erigirse en jueces de lo que atañe á las conciencias católicas, le agradecemos, por otra parte, que nos haya proporcionado la ocasión de poder declarar, que la distinción entre los católicos liberales y los fieles, ha sido clara y perfectamente establecida por la autoridad más competente en la tierra, por Pio IX, en diferentes Breves, y en la Enciclica *Quanta cura*, en cuyos solemnes documentos, ha severamente condenado á los que rehusan someterse á las enseñanzas de la Santa Sede, so pretexto, de que ellos no atienden á ningún dogma de la fe.

Los católico-liberales, son esos desgraciados, que, ámbuidos en falsos principios de libertad, dice el Padre Santo, se muestran llenos de respeto y amor para con la Iglesia, y la consagran, al parecer, sus talentos y trabajos. Pero no trabajan menos en pervertir su espíritu y su doctrina; y cada uno de ellos, según la disposición particular de su ánimo, se inclina á ponerse al servicio de César, ó de los que inventan derechos en favor de la falsa libertad.»

La *Nazione*, sin advertirlo, ha tributado aquí homenaje al Papa, y reconoce por ende, á la manera que los demonios reconocen la omnipotencia de Dios—que el Vicario de Jesucristo, estaba, como siempre, en la verdad, cuando separaba del cuerpo de la Iglesia á esos infortunados, que aspiran á gozar de los favores de la revolución, sin dejar de ser católicos, no obstante las enseñanzas del Vaticano.

Los elogios de la *Nazione* á la *Rivista Universale* son muy lógicos, si es verdad, que esta Revista sea el órgano de los católicos liberales: ningún partido favorece mejor á los enemigos de la Iglesia, que el partido que toma este nombre contradictorio; y, en tal sentido, los judíos, los libre pensadores, y los revolucionarios de todos los matices, le deben muy bien algún grano de incienso.

La libertad que Cristo nos trajo, nada tiene de común con el liberalismo del mundo moderno: este liberalismo es una creación de la secta anticristiana, y siendo directamente á destruir la libertad, que nuestro Redentor nos conquistó con el precio de su preciosa sangre. Llamarse liberal, es confesarse esclavo de Satanás, según lo he demostrado plenamente en mi historia de la secta anticristiana. Juzguese, pues, si es posible á un esclavo de Satanás el proclamar-se todavía católico!

Lejos de mí la idea de sostener, que entre los escritores de la *Rivista Universale*, no haya muchas personas respetabilísimas, y que ignoran de todo punto el abismo hacia el cual caminan rápidamente; ¡son tan contados los que se toman el trabajo necesario para conocer la secta anticristiana, sus artificios, sus seducciones, sus pérdidas, que multitud de personas muy respetables, obran el mal, sin sospecharlo siquiera! Pero, además de que esta ignorancia no es invencible, y por lo mismo, no les servirá de excusa en el momento formidable de tener que dar cuenta; las repetidas declaraciones del Padre Santo, con respecto al catolicismo liberal, serán suficientes para la condenación de los infortunados, que persisten temerarios en esta senda.

«Los principios solemnes del Cristianismo y las más puras tradiciones católicas,» el Sucesor de Pedro es quien las guarda; Jesucristo no las ha depositado, ni en las oficinas de redacción de la *Rivista Universale*,

ni en las de la *Nazione*; es el Papa quien las conserva; y la pretensión de estas dos publicaciones, de sostener los principios de toda libertad honrada y racional, es sacrilega, desde que Pio IX la ha condenado.

Después del artículo bibliográfico de la *Nazione*, la conducta de los católicos con relación á la *Rivista Universale*, está perfectamente trazada: obrarán bien, absteniéndose de leerla. No somos nosotros los que se lo decimos; el Papa es quien lo prescribe implacablemente á todos los fieles, al condenar el catolicismo-liberal.

J. E. DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 1.º de Enero 1875.)

LA FRANCMASONERÍA.

LOS CATÓLICOS-LIBERALES.

I.

A. M. Juan Estéban de Camille.

Director del *Journal de Florence*.

Muy Sr. mio:

Permítidme analizar algunos capítulos de un libro muy poco conocido. Me refiero á la *Franc-Masonería* y la *Revolución*, libro que el P. Gautrelet, de la Compañía de Jesús publicó en Lyon, librería de Briday, en 1872.

Las cincuenta y seis cartas que componen dicho libro, es probable que ocupan ya un lugar distinguido en la biblioteca del más terrible adversario de las Sociedades secretas; pero, indudablemente, el mayor número de vuestros actores no tienen siquiera la menor noticia de su existencia. Para éstos, pues, voy á hacer un resumen de ellas, porque, á mi juicio, importa mucho que sean conocidas, á fin de que, cuantos puedan, procuren adquirirlas, estudiarlas, y propagar las verdades trascendentales que contienen.

Vos conocéis, mucho mejor que yo, el enemigo que nos asedia por todas partes: la Revolución. Inspirada por el espíritu de Satanás, ella sabe, como éste, ajustarse á todos los trajes, y hablar todos los idiomas, para aumentar el número de sus víctimas. A un siglo atrozico, que teme las sacudidas, le predica la moderación; y gracias

á esta pérdida máscara, su programa religioso se populariza, y concluye por seducir á las almas naturalmente rectas. Dios me libre de querer aquí incoar un proceso injusto; pero secano licito decir, que el liberalismo es hijo legítimo de la Revolución (1).

Si mi requisitoria os pareciera todavía indirecta, os ruego, que tengais á bien leer al padre Gautrelet.

«Por la palabra, liberalismo, dice ese sabio escritor, entendemos el sistema doctrinal, que, en punto á religion y política, favorece la licencia, so pretexto de defender la libertad.

Disminuir la autoridad del que manda, y alentar la independencia del que obedece; rebajar al superior, y si es posible emancipar al súbdito; por temor de la tiranía, amonorar el poder, ya que no se pueda destruirlo enteramente; tal parece ser la gran preocupación, el objetivo final del liberalismo.» (pág. 263.)

A mi juicio, no puede darse una definición del liberalismo, más lógica ni teológica, que la precedente, y contra la cual ningún publicista católico puede protestar; pero no hasta definirlo, es necesario indicar, además, lo que es bueno y lo que es malo. Es-

(1) La secta engendra el liberalismo, y el liberalismo engendra la Revolución en el órden moral é intelectual, y las revoluciones en el órden político. Pero hablar del liberalismo y de la revolución, sin sobrentender la secta, y por la secta, Satanás, equivale á hablar de la verdad, sin sobrentender á Dios. El liberalismo es efecto, no causa. En mi historia he probado, que la revolución de Inglaterra, y la de 89, ambas fueron obra de la secta; he referido en ella las intrigas de Cromwell, y de Felipe Igualdad; he indicado el nombre de la calle, donde el Franc-Mason inglés reunía los adeptos al rededor del templo de Salomon, y he descrito el papel que representó el Gran Oriente de París en la tragedia del 93. El liberalismo inglés, y el liberalismo francés, transformado después en liberalismo universal, nacieron de la secta; sin la Franc-Masonería, este liberalismo no existiría, y no se hubieran verificado las dos grandes revoluciones de los siglos XVI, y XVIII (*V. Storia de la secta anticristiana.*)

J. E. de C.

cuchad la condenación de este fatal error; este venerable religioso la traza con mano maestra.

«El liberalismo es un sistema fatal, que, so pretexto de evitar la opresión, fomenta la rebeldía, y por el deseo de alijar el yugo de la obediencia, y de la sumisión, tiende á suprimir ambas cosas completamente.»

Un error tan grave y sutil, no puede ménos de tener su forma dogmática; hela aquí: «El liberalismo, dice el P. Gautrelet, está formulado en los grandes principios del 89; principios, que muchas personas ponderan sin conocerlos, y que han sido para la Francia y para la Europa, el manantial fecundo de incalculables males.» (1)

Ahora, que conocemos ya el liberalismo, sus fórmulas, y sus efectos funestos, importa analizarlo con sus menores detalles.

Vos lo sabéis mejor que yo, señor; ese error preconiza tres principios:

La libertad de pensar.

La libertad de cultos.

La libertad de imprenta.

He aquí la opinion del Rev. P. Gautrelet, acerca de este terrible veneno:

«La libertad de pensar, quiere decir, no el poder radical, que no se puede arrehatar al hombre, sino el derecho de rechazar la revelación, el derecho de no creer nada, ó de no creer sino lo que se le antoja; de emanciparse de la autoridad de la Iglesia, aunque sea hijo suyo por el bautismo. La libertad de pensar, entendida de esta suerte, es el sepulcro de la fe.»

No se muestra más indulgente el P. Jesuítita con relación á la libertad de cultos. Escuchemosle:

«La libertad de cultos reconoce por principio el indiferentismo religioso. Esta liber-

(1) Si se consulta mi obra, se verá que los principios del 89, son la antítesis de los principios cristianos, y que la secta los ha dado á luz, para completar su obra de seducción sobre el genero humano. Multitud de personas, que no quisieran marchar bajo el estandarte de Satanás, se alistán bajo el de los principios del 89, adornada con corbatas de progreso, de exigencias de los tiempos, etc. Esas personas combaten á Cristo; pero sin sospechar siquiera, que están al servicio del Anticristo.

J. C. de E.

tad se jacta de aplicar el mismo nivel á todas las religiones; esto es, de considerarlas todas como igualmente verdaderas, igualmente respetables, aunque se rechacen y anatematizan recíprocamente; ó, al contrario, como igualmente falsas y despreciables. La libertad de cultos es el menosprecio de todos los cultos, y la negación de toda religión.»

La libertad de imprenta no sale mejor librada de las manos del sábio Religioso:

«Es el derecho concedido al error, á la mentira, á la impiedad y á todas las pasiones de combalir á la Verdad y á la Virtud, de socavar los fundamentos de toda sociedad; es el derecho de pregonar, de vender, distribuir, debiera decir, de propinar el veneno á todas las clases sociales: es el de atacar ó de destruir en las almas todo derecho religioso, todo sentimiento moral, toda idea de orden, de justicia y de honradéz.»

Me diréis, tal vez, este preámbulo anuncia la historia del liberalismo; pero no la de la franc-masonería; he aquí mi respuesta: como lógico experimentado, el R. P. Gautret, se ha remontado, del efecto, á la causa, de la consecuencia, á los principios; y por un encañamiento muy fácil de comprender, ha demostrado histórica y doctrinalmente, que las perturbaciones sociales y dogmáticas podían, con pleno derecho, reconocer por madre á la franc-masonería, cuya genealogía habeis vos trazado con mano maestra. Y permitidme ahora, que os presente una deducción, que luego trataré de justificar. ¿Seria imprudente añadir, que si todos los liberales no son franc-masones, profesan, cuando menos implícitamente, las doctrinas que conducen á la franc-masonería, esto, engendrando *aquello*? He previsto la dificultad, que, si no vos, al menos otros, van á proponerme. Se dirá:—hay liberales y liberales.

¡Ah! es verdad! y los ménos malos son los mas inconsecuentes. Dejo la palabra al reverendo P. Sambin, de la Compañía de Jesús, para ilustrar la cuestión.

«Al lado del liberalismo (el que acabamos de definir) hay otro, que llamamos moderado. Para los liberales moderados, la Iglesia y el Estado forman dos sociedades distintas y separadas de todo punto, perfectamente libres é independientes, cada una en el círculo de su propio dominio; separación, que expresan por la fórmula: «La Iglesia libre

en el Estado libre.» En su sentir, el fin del Estado no debe subordinarse al fin de la Iglesia, ni debe tener en cuenta para nada la religion de sus súbditos. A lo más, en beneficio de la tranquilidad, podrá el Estado, sobre ciertos puntos, hacer convenios ó concordatos libres con la Iglesia, tratando de igual á igual; pero la Iglesia no debe gozar de derecho público, propiamente dicho; como sociedad puramente espiritual, debe quedar encerrada en el círculo de la conciencia interior de cada uno; pues, en lo exterior, no debe gozar sino del derecho individual.

«Ahora bien, añade el P. Sambin: ciertos católicos han adoptado este liberalismo, y han tomado el nombre de católicos-liberales... Tal sistema es enteramente falso, conduce á la negación de principios, que debemos creer, si no queremos abandonar la fé.» (HIST. DEL CON. DEL VATIC. 1870.)

Después de una condenación tan formal del maliz más moderado de la escuela liberal; ¿no tendremos el derecho de llamar obreros inconsecuentes de la franc-masonería, á esa última categoría de hombres?

A fines del siglo último, llamó la atención de nuestros padres cierta clase de pensadores, que se llamaron filósofos; en pos de ellos, una multitud de grandes señores, se disfrazaron con la calificación de economistas, de reformadores, y fueron creídos; con la ayuda de la franc-masonería y de la corrupción, divinizaron al impuro cantor de la *Doncella de Orleans* (Voltaire), y ofrecieron hospitalidad al miserable autor del *Emilio*. Todo esto se hizo de moda: se cantó en todos los tonos la reforma ó las reformas; luego, algunos hombres más prácticos, trataron de realizar todas las absurdas teorías tan ponderadas; y á poco, la *Comisión de salvación pública* envió ordenadamente al cadalso, á considerable número de aquellos mismos filósofos, grandes señores, para que allí recibieran el justo premio de sus doctrinas. Y por cierto, que todo su liberalismo, no fué bastante para inspirar sentimientos de compasión á sus verdugos! Muchos de ellos eran franc-masones (1). Hoy día, el

(1) Léase mi obra: *Storia della setta Anticristiana*, cap. IV, intitulado el *Mundo moderno ante la historia*, donde se hallan

liberalismo nos ofrece un espectáculo casi análogo, si se exceptúan las violencias. En un campo, se encuentran los demoleedores; en otro, paralelo, están los reformadores; tan generosos como sus predecesores, unos y otros no quieren sino precedentes reformas. ¡Dios quiera, que el arma que vibran con tanta imprudencia, no les hiera á ellos mismos! La Providencia tiene sus castigos misteriosos, y frecuentemente alcanzan á los que felsean la verdad.

Y ya que estamos en este capítulo, resolvamos una objeción capciosa por demás.

En punto á liberalismo, hay la tesis y la hipótesis.

El católico liberal se irrita, cuando se le acusa de desconocer la tesis, y se guarece detras de la situación de los ánimos contemporáneos, que obliga á poner en práctica la hipótesis.

En esta argumentación hay falta de franqueza, ó, á lo menos, hay confusión. Jesucristo es el Rey de las sociedades, lo mismo que de los individuos, y, por consiguiente, las sociedades deben obedecer á la ley de Jesucristo, conformar sus propias leyes á las suyas, defender sus derechos y los de la Iglesia, contra los ataques de la impiedad, del mismo modo, que ellas defienden los derechos de sus magistrados y los del último ciudadano, contra los ataques de la injusticia.

He aquí la tesis, la cual es absoluta, general, con abstracción de tal ó cual sociedad. Su comentario oficial y completo lo tenemos en la Enciclica: *Quanta cura*.

Que en una sociedad, que, de hecho, se ha constituido fuera de la autoridad de Jesucristo, el poder civil debe tolerar, en cierta medida, la negación de la verdad, he aquí la hipótesis. Pero hay que guardarse de considerar esta situación como un ideal, del cual no debemos apartarnos poco ni mucho.

Dispensadme, os ruego, que haya insistido tanto sobre ese punto; mas he creído importante estudiar á fondo un error, que abunda sus raíces en la Franc-masonería, con la diferencia, que entre los últimos rebeldes, hay reledida premeditada, y entre los que no se someten, la revuelta es más inconsciente.

Para comprender todas las ruinas amon-

las pruebas irrecusables de la verdad de esta asercion.

J. E. de C.

tonadas por los liberales, basta con leer las cartas 43 y 44 del P. Gautret. Por ellas se verá, que todos los corifeos de la Revolucion de 1830 eran franc-masones, y que todos se gloriarían de pertenecer á la opinion liberal. M. Eckert, refiere, que los jefes de la revolucion de 1848, eran jefes de las logias parisienses. (1)

La Carta 40 contiene una circular de la Venta suprema á todas las Ventas subordinadas suyas, que merece llamar la atención, atendido á que en ella se indica, el medio de dominar á la Iglesia.

(1) En 1848 me hallaba en Paris, y si bien entonces era yo casi niño, la Providencia me proporcionó los medios de conocer el importante papel que representó la Masonería en la revolucion de Febrero. Los *ciudadanos* Ledru-Rollin, Flocon, Alberto y Cremieux la representaban ostensiblemente; los verdaderos jefes, empero, no se mostraron, conforme á los hábitos inveterados de la secta. Luis Felipe, no obstante de ser franc-mason, fué derribado por la Masonería. En la noche del 27 ó 28 de febrero—no recuerdo exactamente la fecha—hallándome en el *Hotel-de-Ville* (Casa consistorial), donde se estableció el nuevo Gobierno, vi en una de sus salas á un hombre con blusa, ya borracho, pero que continuaba bebiendo. Pregunté yo, entonces, qué hacia allí aquel zamborotudo, en el palacio de la Libertad, de la Igualdad y de la Fraternalidad. Y me respondió la persona á la cual me dirigí casualmente: Bajad la voz: es uno de los jefes de la Masonería, y á quien se debe la victoria.—Regla general: cuando los franc-masones llegan al poder, las Logias se dividen en dos campos, el campo de los estómagos satisfechos, y el de los estómagos vacíos. Los últimos conspiran contra los primeros, y hasta los asesinan, si es necesario. En seguida ocupan el lugar de éstos; mas vienen otros estómagos vacíos, que los derriban á su vez, y así sucesivamente, sin llegar nunca al fin. Los *profanos* (como nos llaman los sectarios) nada comprenden de lo que están viendo alborotados; pero subyugados por los seudo-principios de la secta y por el espejo del mundo moderno, dejan hacer, y no aciertan á tomar ninguna resolución digna del mundo cristiano, que es el mundo eterno.

J. E. de C.

«Lo que nosotros debemos pedir, dice, lo que debemos buscar y aguardar, del mismo modo que los judíos aguardan al Mesías, es un Papa, que quiera atender á nuestras necesidades; que bien, para asegurarnos un Papa, que reúna las condiciones requeridas, hay que prepararle, desde luego, una generación digna del reinado que apetecemos.»

«En suma, para transformar al clero, la acción debe ser lenta, prudente, paciente, sin exageración; es preciso, sobre todo, seducir, y no espantar; infundir en el espíritu de los jóvenes sacerdotes la doctrina liberal en dosis infinitesimales; disfrazarla, bajo las apariencias del patriotismo, que exalta á las almas generosas. Entonces, poco á poco, el catolicismo acabará por transigir con la revolución.» (1)

No cabe la menor duda, que las promesas hechas á la Iglesia por su Divino Fundador,

(1) Este programa—difundido en Italia por una circular de José Mazzini—fue desarrollado y practicado en 1846, después de la muerte del Papa Gregorio XVI. A este propósito, el apóstol italiano del Carbonarismo había reunido toda su corte en 1831 en Suiza; y allí fundó la *Jóven Europa*, de acuerdo con los representantes de la Masonería francesa, italiana, alemana y polaca: había preparado los espíritus para la monstruosa guerra contra el Sonderbund, primer ensayo de las fuerzas sectarias, después de la revolución de 1830. Luis Felipe, que conocía perfectamente á la secta, apercibió el peligro, y quiso acudir en auxilio del derecho y de la justicia, representados por los cantones separados; mas la cobardía de Metternich, que se denegó á secundarle, le permitió efectuar su designio. La victoria de los cuerpos francos contra el Sonderbund fue la señal del trastorno universal de Europa. En 1848, la secta salió de sus Logias, y tomó posesión del mundo: el mismo Mazzini lo anunció en una carta á Gioberti, cuyo resumen es el siguiente: Ya no tenemos necesidad de símbolos ni de alegorías: ha llegado la hora de arrojarse la máscara, y marchar ya recta á nuestro objeto: apoderémonos de los tronos, subamos al Capitolio, hablemos con nuestros pies la cruz y las coronas; que desaparezca el culto de Cristo, y ceda el lugar al culto del demonio.

J. E. de C.

harán siempre abortar ese plan satánico; empero, no siendo estas promesas, aplicables á cada fiel en particular, debemos desconfiar del virus liberal, como del veneno más sutil.

Así es, que el R. P. Ramière tuvo mil veces razón, cuando en el *Messenger du Coeur de Jesus*, se expresaba en estos términos:

«El liberalismo católico es «una peste perniciosísima.» Esto es, una enfermedad mortal, porque es un error muy grave contra una gran verdad revelada.

«El liberalismo «es una peste perniciosísima.» porque extendiéndose por todas partes, infiltra por donde quiera el virus de las doctrinas protestantes y revolucionarias.

«El liberalismo «es una peste perniciosísima.» por sus tendencias, y, sobre todo, porque en donde hace más estragos, es en las filas de la juventud católica.

«El liberalismo «es una peste perniciosísima.» porque debilita y paraliza á los defensores de la Iglesia y del derecho.

«El liberalismo «es una peste perniciosísima.» porque introduce la división entre los católicos y las personas honradas.

«El liberalismo «es una peste perniciosísima.» porque allá donde reina, hace imposible la salvación de la sociedad.

«El liberalismo católico «es una peste perniciosísima.» porque pone por base de nuestras instituciones públicas algunos principios, cuyas consecuencias extremas, rigurosamente lógicas, finalizan con horrores.

«Finalmente, el liberalismo-católico «es una peste perniciosísima» porque todos los católicos atacados de ella, son, por último, quienes, que no, los autores de todas las ruinas públicas. (1)»

Quizás, señor Director, os sorprenda en gran manera, que mi carta, empezando por un estudio sobre la franc-masonería, termine por imprecaciones contra el liberalismo: si bien lo mirais, la incoherencia no es más

(1) ¡Admirable comentario de las santísimas palabras pronunciadas por Pio IXI «Las verdaderas causas de la ruina de los Estados, más terribles todavía que la Revolución y la Commune, son las máximas perniciosas del Catolicismo liberal.» Allocución de 20 de Setiembre de 1870.

(Journal de Florence, 19 de Enero de 1875.)

J. E. de C.

que aparente; esto voluntaria ó involuntariamente, puede conducir á aquella.

Recibid, señor Director, la seguridad de mis respetuosos sentimientos.

EL VIZCONDE GABRIEL DE CHAULNES.

LA FRANC-MASONERÍA.

LIBERALISMO Y CESARISMO.

II.

A. M. Juan Estéban de Camille,

Director del *Journal de Florence*.

Permitidme, Señor, que continúe en vuestro apreciable periódico la obra empezada en mi artículo anterior, que lleva por título: *La Franc-Masonería y los católicos liberales*.

La misión que me propongo desempeñar, con todas mis fuerzas, es, desenmascarar la secta anticristiana en su influencia exterior, en sus trabajos de seducción; trabajos, que prosiguen con sus pseudo-principios, y sus falsas doctrinas.

En este día os pido hospitalidad para el análisis de un artículo del R. Padre Ramière, de la compañía de Jesús, intitulado: *Liberalismo y Cesarismo* recientemente publicado en los *Estudios religiosos*. (Enero 1875.)

El ilustre director del *Messenger du Sacré-Coeur*, bien conocido del universo católico, indica en dicho artículo, la solución que el liberalismo dá á la importante tesis: *Las relaciones de la Iglesia y del Estado*, demostrando, en seguida, cuán peligrosa es esta solución. Vos, pues, no tomareis á mal, que señale á la atención de nuestros lectores, las páginas de un teólogo, cuyo patriotismo no es inferior á su ciencia y pureza de doctrina.

Después de resumir, con imparcialidad perfecta y toda claridad, las razones aducidas por los fautores del liberalismo, el ilustre publicista demuestra la falsedad de esa apología, y rechaza, en nombre de la raza humana, el divorcio que se trata de establecer entre la teoría y la práctica. Luego, enuncia la siguiente proposición filosófica, que es un arma mortífera:

«¿Para qué servirían los principios, si no

tuviesen consecuencias? Lo que es falso especulativamente, no puede ser bueno y justo en práctica. Pues bien, añade, y con razón, nosotros estamos ciertos *a priori*, de que *El Liberalismo, radicalmente erróneo en sus principios, no posee la verdadera fórmula práctica de las relaciones de la sociedad religiosa y de la sociedad civil.*»

Bien á pesar mio, sacrífico, por falta de espacio, esta parte, para seguir paso á paso al Padre Ramière, en la demostración de su importante tesis. Como buen lógico, empieza por definir las expresiones de que se sirve.

En su concepto, la palabra *liberalismo*, significa, en general: *la doctrina, que proclama la independencia de la libertad humana con respecto á la autoridad Divina, y especialmente en el caso particular de que se trata; el liberalismo significa el sistema, que declara á la sociedad civil libre de toda dependencia, con respecto á la autoridad religiosa.*

He aquí la definición del Cesarismo, según el Padre Ramière:

El Cesarismo es la teoría, según la cual, el Estado sea representado por un monarca, ó por una asamblea, eso poco importa, concentra en sí mismo todos los derechos sociales, y se arroga igual supremacía en lo espiritual que en lo temporal. A los ojos de un observador superficial, estas dos definiciones parecen indicar dos corrientes contrarias, dos sistemas opuestos. En efecto, siendo el liberalismo una exageración de la libertad, y el Cesarismo una exageración de la autoridad, parece, que el liberalismo y el Cesarismo no pueden ser los dos términos de una ecuación; veremos, sin embargo, cuán grande es la afinidad entre estos dos errores.

Conocido es el siguiente axioma geométrico: dos cantidades iguales á una tercera son iguales entre sí; yo creo que cuando se trata del liberalismo y del Cesarismo puede hacerse un razonamiento análogo. Con efecto: liberalismo, lo mismo que Cesarismo, significa: *rebelión contra Jesucristo, Rey de las sociedades humanas*. Tengase aquí bien entendido, que nosotros no atribuimos á la Iglesia sino un poder directivo, y no directo. La Iglesia no reclama otro.

El Padre Ramière demuestra en seguida, que *la libertad de la Iglesia es muy diferente del liberalismo*, y que, por el contrario, el

liberalismo, es en Europa, el peor enemigo de esa libertad, y engendra el *Cesarismo*.

Las pruebas de esta tesis las saca, en primer lugar, de los hechos, y luego del desenvolvimiento necesario de las ideas y de las tendencias.

Para demostrar con los hechos la identidad del *liberalismo* y del *cesarismo*, el padre Ramière revista sucesivamente los hechos acaecidos en Francia, Italia, Alemania, Bélgica e Inglaterra, y es preciso confesar, que el estudio del espíritu público de esos Estados, le da mil veces razón.

Signamos, pues, esta síntesis, agrupando sus principales argumentos, y subrayando sus conclusiones.

Vamos, en primer lugar, lo que sucedió en Francia. El liberalismo triunfó en Francia, durante la monarquía de Julio; como también, y más de lo que se cree, bajo el segundo Imperio.

Examinemos, desde luego, el balance de la monarquía de Julio, aclamada al grito de «*viva la libertad*».

Montalembert y Lacordaire fueron llevados ante los tribunales, por haber tomado á la letra el artículo de la Carta, que proclama la libertad de enseñanza.

Bajo un régimen de libertad ilimitada de la prensa, los obispos fueron llevados ante el consejo de Estado, por haber defendido en sus pastorales las sanas doctrinas.

Los concilios provinciales fueron absolutamente prohibidos.

Jos Jesuitas fueron perseguidos.

No se dejaban publicar los actos pontificios sin el consentimiento del Gobierno.

Y eso que es, añade con razón el Padre Ramière, «*sino puro Cesarismo*».

El segundo imperio mostrose, en su origen, benevoló con la Iglesia; pero sin dejar de apoyarse en la Revolución, ó sea, en el liberalismo.

Bien pronto la Iglesia católica vió estrechar los lazos que se habían momentaneamente alojado.

Las *apocriegas de abuso*, resucitaron. Coartose la libertad de enseñanza secundaria con interpretaciones judaicas.

Prohibióse á las ordenes religiosas el fundar nuevos establecimientos secundarios.

Los *Artículos orgánicos* del primer imperio fueron conservados en vigor, á despecho de todas las reclamaciones.

Dos actos odiosos señalán el fin del reina-

do de Napoleon III: el primero fue ordenar á los Obispos, que encerrasen en sus archivos el *inmortal Syllabus*; la segunda fué la intervención oficial del Gobierno francés en el Concilio Vaticano, para pesar sobre sus decisiones; el célebre *memorandum de Daru* es un documento diplomático, que figurará en la historia contemporánea. Aquí nos creemos en derecho de repetir la frase del padre Ramière: «Y eso que es, sino puro Cesarismo?»

De la Francia, pasemos á Italia; la transición es natural. Si el *liberalismo* es un error esencialmente francés, preciso es confesar, que su importación en la península no ha sido difícil.

Quien dice *liberalismo italiano*, dice Cavour; y el nombre de Cavour se personifica en la célebre fórmula «*La Iglesia libre en el Estado libre*», fórmula robada á Montalembert.

He aquí en qué terminos el sabio Jesuita traduce la fórmula Cavouriana:

Supresion del Concordato, y violación de la fe jurada al Papa.

Destrucción de las Ordenes religiosas.

Despojo de sus bienes.

Confiscación de las propiedades eclesiásticas.

Abolición de las inmunidades eclesiásticas solemnemente garantidas á los miembros del clero.

Destierro de ilustres Obispos por haber llenado su deber.

Centenares de iglesias dejadas sin pastor.

Y, en conclusión, el Jefe de la Iglesia Católica tratado como Jesucristo en la prisión del Vaticano!!

Una vez más, «*¿Qué es eso, sino puro Cesarismo?*»

Al pronunciar esta última palabra, nuestro espíritu se traslada á Alemania, y el nombre de Bismark viene necesariamente á nuestros labios.

En su origen, la idea cesariana se hermanaba, en el espíritu del Canciller Prusiano, con el principio cristiano de autoridad, cuya tradición se vanagloriaba de conservar la aristocracia prusiana. En presencia de Bismark, se levantaba, como contrario, el partido nacional liberal. Entonces hubo una lucha encarnizada, un duelo, entre el tolerante alemán, y la idea liberal, sostenida por la franc-masonería; pues cuando se ahonda un poco el liberalismo, descubre-

se siempre la acción subterránea de la franc-masonería: pero vino un día, en 1866, que el cesarismo alemán hizo la paz con el liberalismo, y el resultado de esta unión debía ser el aniquilamiento del poder austriaco, que, en Europa, representaba, á lo menos imperfectamente, la autoridad monárquica.

El padre Ramière halla, que este tratado de paz era perfectamente lógico: «¿Sabeis el por qué?»

Hicío aquí: el fondo del cesarismo no es más que la aspiración á una autoridad sin límites. Es la limitación de la acción divina sobre las sociedades humanas.

El fondo del liberalismo, es la negación de la autoridad de Dios y la afirmación de la supremacía absoluta del Estado. Si los elementos accesorios de esas dos corrientes parecen contradictorios, una aspiración común debía aproximarlas: *la rebelión contra la autoridad divina*.

Conocidas son las hazañas del Canciller alemán. Una vez hecho el convenio, no hay para qué enumerar los Obispos que fueron reducidos á prisión, los sacerdotes maltratados ó insultados, las leyes, por fin, dictadas contra los católicos. El Canciller alemán ha declarado la guerra al catolicismo, y lo persigue con encarnizamiento sin igual.

Otra vez más: «*¿Qué es eso, sino puro cesarismo?*»

El cesarismo no es siempre el abuso de autoridad por un gobierno monárquico, como lo demuestra la persecución suiza.

Allí el cesarismo se guarece detrás de una república dominada por ambiciosos vulgares. Esos tiranos, que se proponen imitar á Bismark, declaran la guerra á la esposa de Jesucristo, cambian la organización de la Iglesia católica, dan á los fieles, en la elección de sus pastores, un derecho, que los fieles rechazan, y prescriben á los sacerdotes un juramento, que equivale á la apostasia.

A los rebaños les imponen pastores, que son la escoria del clero católico. Ved ahí, los procederes de una república, que, á los ojos de la Europa, se gloria de ser el suelo donde florecen mayor suma de libertades:

«*¿Qué es eso, sino puro cesarismo?*»

«En Bélgica», dice el padre Ramière, «el liberalismo no está en el poder, y, por lo mismo, muéstrase más reservado; pero su afinidad con el cesarismo es tan estrecha, que le es imposible ocultar su admiración por lo que se hace en Berlín y en Ginebra.»

Para probar su aserto, el sabio Jesuita nos cita esta reflexión, tomada de la *Revisita Belgica*:

«La mayor parte de los hombres políticos, que rechazan actualmente el ejemplo del liberalismo suizo y alemán, no lo hacen sino porque esperan hallar en una separación más completa de la Iglesia y del Estado, un remedio suficiente á los peligros de nuestra situación; así es que, *generalmente*, añaden, si esta separación no produjera los resultados apetecidos, esto es, la *secularización de la enseñanza*, á pesar de la *supresion del presupuesto de cultos*; y si el clericalismo continuase invadiendolo todo en la vida privada, *entónces no titubearian en recurrir á la lucha, único medio para salvar la sociedad enferma*».

Y si esa cita de las palabras de M. Laveleye no bastase, podríamos completarla con este pasaje de la *Independencia Belgica*:

«La protesta del Episcopado alemán contra las leyes prusianas, calificadas de sacrilegas y de destructivas de todo orden moral y de toda religion, no queda, según el derecho alemán, justificada en manera alguna... Las resistencias sediciosas, las demostraciones absurdas, los clamores insensatos, de que el partido clerical da ejemplo en Prusia, no turban el reposo de las conciencias católicas en el Wurtemberg. Esto es para Alemania la mejor justificación de la nueva legislación prusiana.»

Este extraño lenguaje, «*no es la glorificación del cesarismo*».

El cesarismo tiene tambien su personificación en Inglaterra. Todo el mundo recuerda el extraño folleto, que el *Leader* del partido liberal, Gladstone, acaba de publicar. Ese libro ponzoñoso, que dá á entender, que los decretos del Vaticano y el *Syllabus* son la justificación de las medidas tiránicas de M. de Bismark? ¿Y por que esta declaración de guerra por parte de un hombre de Estado inglés, que, hasta aquí, habia demostrado cierta benevolencia hacia la religion de sus compatriotas católicos? Porque Roma ha condenado el liberalismo. Se ve, pues, que en Inglaterra, como en el continente, el cesarismo no titubea en dar la mano al liberalismo, cuando se trata de batir en brecha al Catolicismo.

Aquí me detengo, señor Director, para sacar conclusiones prácticas.

Estas conclusiones hélas aquí:

Nada es menos favorable á la libertad dada por Dios, que el liberalismo, porque, como lo hemos demostrado, el liberalismo y el Cesarismo tienen afinidades, que los une el uno al otro. Son la falsificación de dos principios legítimos y cristianos: la autoridad, y la libertad. Esa falsificación nos viene de la secta anticristiana y de Lucifer, que la inspira. En efecto, nosotros no la vemos aparecer sino en la idolatría de la era pagana, y en el mundo moderno, en donde los Franc-Masones ceñtan, hoy, los misterios de la demonología.

El R. padre Félix, ilustre predicador en Nuestra Señora de París, os da mil veces la razón, señor Director, cuando en los *Estudios religiosos* (Enero 1872) dijo lo mismo que vos nos repetís con tanta frecuencia en otros términos, en el *Journal de Florence*.

«¿Cómo, por último, no reconocer plenamente la evidencia, de que la palabra *Liberalismo* es, en sentido católico, una palabra anatematizada, y que debe abandonarse á nuestros adversarios? ¿Quién no ve que, hoy día, sobre todo, en el comercio de las ideas, y en particular de las ideas religiosas, esa palabra, *liberalismo*, es una moneda de mala ley, una muestra engañosa, y una palabra de sonido falso?»

Cierro mi carta con esa magistral condenación, rogandoos, señor Director, os dignéis creerme

Vuestro afectísimo servidor,

VTE. GABRIEL DE CHAULNES.

(*Journal de Florence*, 30 de Enero 1873.)

EL TRABAJO DE LA SECTA.

El nombre que suscribe la carta, que á continuación insertamos, es mucho menos oscuro de lo que, en su humildad cristiana, supone el que lo lleva. Deploro tener que callarlo; pero me he impuesto una ley, á saber: la de no mezclar en mis sensibles luchas periodísticas sino á las personas decididas á afrontar los sinsabores de la controversia; y en todo el contenido de esta carta, no he visto ni una expresión, que, explícita ó implícitamente, me autorizase para designar la respetabilísima persona, que se ha dignado escribirme. Si me resigno, empero, aun- que con sentimiento, á privar á mis lectores del placer de conocer al autor, no puedo ocultarles las excelentes verdades que la carta contiene. El trabajo de la secta contra la Iglesia, es un resumen de mano maestra; y, en este concepto, mereco indudablemente una atención especial.

J. E. de C.

Nantes, 4 de Enero 1873.

M. Juan Estéban de Camille,

Director del *Journal de Florence*.

Dignese V. aceptar mis deseos los más sinceros, primero, por su preciosa salud, por la cual los lectores de su *Journal* deben interesarse especialmente, aun cuando no os conozcan sino por los escritos; luego, por la continuación y el feliz resultado de la noble tarea que V. ha emprendido en pró de la santa causa y de la salvación de la sociedad.

Aunque oscuro lector del *Diario*, que V. dirige, y enteramente desconocido de V., sin embargo, cedo á la necesidad que mi alma experimenta, de agradecerle y felicitarle, á la vez, por el gran ejemplo que está V. dando con la polemica, tan valerosa y verdaderamente cristiana, que V. sostiene, contra todos los enemigos de la Iglesia.

Con ella presta V., sobre todo, un inmenso servicio, describiendo cada vez más el velo, que cubre las pérdidas maquinaciones de la secta satánica.

¡Oh! continúe V., señor mío, esta gran lucha, por cuyo sosten Nuestro Señor Jesucristo le ha tan poderosamente armado!

Muchísimos cristianos cierran siempre los ojos para no ver el espíritu y las tendencias de la Franc-masonería. Todavía se rehúsa creer, que esta secta es la que ha preparado en sus tenebrosas guaridas todos los males, que, hoy día, nos abruma, y los más terribles que, tal vez, nos amenazan. No se quiere reconocer, hasta qué punto ha invadido ya el espíritu público, los medios que ha empleado paulatinamente para establecer su dominación en todos los pueblos, y en el interior de casi todas las familias, y de qué manera ha penetrado en todas las cortes, y se ha apoderado de todos los Gobiernos. Con dificultad se confiesa, que, aspirando á destruir el Papado, esta piedra secular é inmortal, sobre la cual descansa todo el edificio cristiano, ella ha sabido, por la connivencia de la ceguera y de la cobardía de un excesivo número de católicos, y por la protección de los hombres perversos, que había colocado al frente de los pueblos, aislar, primero, la monarquía pontificia, derribando el baluarte de los pequeños Estados católicos, que formaban su vanguardia; luego, arrebatársela sucesivamente la protección y la fuerza con que la cubrían y defendían la España, el Austria, la Francia; la Francia, especialmente, esta hija primogénita de la Iglesia, que la secta procura, aun hoy, retener cautiva y angustiada, entre las garras del águila prusiana, para impedirle que se oponga á sus maquiavélicos designios.

Hasta tal punto lleva su osadía la Franc-masonería, que no vacila en negar con el